

TITULO

Sola

Rocío Testa Álvarez

DEDICATORIA

*Dedicado a mi hijo Quique,
mi querida voz del silencio*

Primera parte

El descubrimiento de mi nueva realidad

CAPÍTULO 1

Estoy sola, me gusta estar sola. Estoy sola con las voces que me hablan desde mi interior. Camino por esta pequeña habitación, seis pasos y vuelta a empezar. Recito frases que no significan nada, solo un aprobado más, una certificación de que todavía estoy viva, luchando por conseguir ser normal. Estoy sola.

Navego entre multitud de papeles escritos por mí que solo contienen mensajes ilegibles porque soy la única que entiende estas letras desvirtuadas, enajenadas.

Vivo en una oscura habitación alquilada, estudiando. ¿Qué es eso? Solo otra manera de ahogar esas voces que me acorralan, que me impiden ser como los demás. Me gusta decir alquilada porque todavía no puedo creer que yo haya cedido a la presión de mis padres, al control que siguen queriendo ejercer sobre mí, a sus constantes miedos y manías. En realidad, mi habitación forma parte de una casa, la casa de mis tíos. Por suerte me conceden bastante libertad para hacer lo que quiero..., aunque siga atada a la familia. Tal vez yo no sea normal, pero ¿quién lo es?

Esta vida cumple mi propósito: huir. He huido de mi familia, mejor dicho, de mis padres. He huido de aquellos que conozco y huyo, en constante lucha, de mí misma. Pero las voces siguen ahí, acosándome, esperando que deje de hablar para atacarme. De ellas no puedo escapar. Soy yo. Vivo.

Aquí, en este lugar, soy una estudiante como cualquier otra. Soy una más que está en el mundo de las letras. Soy anónima para ellos y para mí misma. Solo se me exige que recite frases escritas por otros. ¿Cuándo podré recitar las frases que me queman por dentro?

Solo existo yo. Este es mi primer año y aún me quedan otros dos más. ¡Ojalá fueran todos esos los años de mi vida! Solo así, en una pequeña habitación, solo recitando, solo fotocopiando imágenes y letras en mi mente para que, una vez reflejadas en la realidad reciban su premio. No cualquier premio, el premio es para mí la soledad, la excusa para seguir aquí, pero esas voces..., esas voces me atormentan y no permiten que pueda sonreír.

Algunas personas se me acercan. No quiero que se me acerquen. No quiero hacer amigos. Es peligroso conocer gente, no me entienden, no quiero que me entiendan. No quiero preocuparme por nada que no tenga relación conmigo. Sin embargo, tal vez... esa persona... No, todos son peligrosos. No quiero salir de aquí.

Magisterio, esa es la carrera que me ha elegido. Ella me ha elegido a mí, sí, me he expresado bien. Yo habría preferido estudiar literatura, ya se sabe, todos los escritores tienen algo de locos, escuchan voces que les animan a escribir. Yo solo oigo voces aunque no las escucho. Demasiadas veces no entiendo lo que me quieren decir y aún no sé cómo expresarlas. Solo me agobian. Tal vez algún día también yo consiga descifrarlas y pueda, como ellos, escribirlas.

No entiendo el mundo, no entiendo a las personas. Quiero estar sola, quiero seguir siendo muda. No tengo sentimientos o, tal vez sea, que soy solo todo sentimiento.

Son las doce de la noche, estoy cansada y mi voz, la voz real que me ata a la vida normal, está ronca y sin fuerzas. Dormiré tapándome los oídos. No quiero escuchar más que mi propia respiración, nada más que los latidos de mi corazón.

CAPÍTULO 2

Camino por la facultad entre un sinfín de personas, personas que hablan, que corren... No conozco a nadie, no quiero conocer a nadie.

Entro en el aula y me siento en un pupitre anónimo como yo. ¡Ojalá nadie se sentase a mi lado...! Imposible, claro. Mucha gente espera en la puerta hasta el último segundo, entonces entran y ocupan toda el aula, siempre pasa lo mismo. Ahí está él. No le conozco, no sé su nombre, no quiero saberlo. Es demasiado perfecto. Solo le conoceré en mis sueños y, en ellos, le daré un nombre, le daré una personalidad y una voz. Así que, no quiero conocerle, la magia desaparecería. Ya no me gustaría, estoy segura.

Horas que pasan, profesores distintos, hombres y mujeres que tienen sus vidas al margen del papel que adoptan en este lugar. No me importa. Me gusta oírles hablar, me gusta cómo hablan de tantos autores, de tantas historias que fueron escritas en otro lugar, en otro tiempo. Quiero que me enseñen a unir palabras, a hacer frases y luego a hacer reales las voces que laten en mi cabeza. Esas voces que ahora me asustan, que ahora me agobian. Quiero que me enseñen a enseñar para que también los demás puedan aprender lo que yo les puedo ofrecer, aunque aún no sepa muy bien todavía lo que es. Seguro que algo será. Esa es “mi misión”.

Una chica ha estado sentada todo el rato a mi lado. Parece que no conoce a nadie. Es raro, creí que a estas alturas del curso ya todo el mundo se conocía. Me ha mirado de reojo varias veces, yo no le he correspondido, no quería hablar con nadie. Ahora que han acabado por hoy las clases veo como se dirige hacia mí. No ha cogido la indirecta... No, realmente no deseo hablar con ella.

—Hola —me dice.

—Hola —le respondo sin poner el más mínimo interés.

—Han acabado las clases —me dice titubeando. “¿Qué demonios le ocurre a esta chica?”, pienso yo.

—Sí, me voy a casa —digo recogiendo mis cosas a toda prisa.

—¿Vives por aquí?

—No, tengo una habitación alquilada.

—Ah, yo tampoco soy de aquí... He empezado el curso hoy... ¿Cómo te llamas?

—Ya, me llamo Susana.

Claro, ahora lo entiendo, por eso aún no conoces a nadie. “No me importa”, me gustaría decirle, pero no soy una maleducada, al menos de momento, al menos mientras las voces se mantengan en silencio. “No has empezado con muy buen pie, mira que hablarme a mí...”, pienso. Sí, le he contestado por educación. Mi nombre es Susana, es un nombre estúpido, o tal vez sea yo la estúpida y por eso me parece estúpido, porque es mío, me llaman así. En fin, yo no lo he escogido. Hubiera preferido no tener nombre. Muchas personas tienen el mismo nombre, ¡qué estupidez! He conocido a algunas Susanas que son la antítesis de mí. El nombre es un absurdo, deberían ponernos un número, al menos así nadie tendría el mismo que yo...

—Yo soy Andrea, ¿quieres tomar algo antes de irte a casa?

—No, gracias. Tengo que estudiar.

—Vale, nos veremos.

—Sí —contesto.

Ahora ya hay una persona que me conoce. Hay una persona de la que tendré que esconderme al día siguiente o no me dejará en paz. Sí, esconderme hasta que haga amigos... Creí que esa etapa se había acabado el mes pasado. ¿Por qué la gente se empeña en hablarme?

De camino a casa me han llamado mis padres. No les he cogido el teléfono. Que llamen más tarde. No me gustan los móviles, te encierran, te delatan, te coartan, te impiden dar dos pasos sin que alguien te moleste con alguna tontería. Solo mi familia tiene mi número y, aun así, siempre me están llamando. Quieren tenerme siempre controlada. Siempre están preocupados por mí, por mi forma de actuar, por mi..., ¿cómo lo llaman? Ah sí, aislamiento. ¡Qué ingenuos! Con mis voces estoy más que acompañada. A los de la línea telefónica ya no les respondo nunca, aunque insisten e insisten. En ocasiones he estado a punto de cogerles el teléfono solo para gritarles que me dejen en paz, que no quiero saber nada de ofertas, ni de regalos estúpidos. Si por mí fuese, tiraría el aparato a la basura.

No siempre he sido así. Cuando era “normal”, las cosas eran distintas. Yo era distinta. De pequeña era una niña que tenía amigos y jugaba, cantaba..., esas cosas que hacen los críos. Pero un día todo cambió, lo recuerdo muy bien, un siete de julio de 1995. Era un día como cualquier otro, me desperté por la mañana porque oí ruidos dentro mi cabeza. Según me iba despertando me fui dando cuenta de que no era ruido lo que escuchaba sino voces, voces cuyas palabras era incapaz de reconocer. Parecía que hablaban en un idioma distinto al mío, pero había una frase que todas ellas parecían

gritar en coro claramente cada cierto tiempo. Decían: “Despierta, bienvenida al club”. Al club de los locos, imagino.

No entendía nada. Pensé que quizá estaba equivocada, que estaba soñando todavía, que tal vez alguien me estaba hablando desde fuera, en algún rincón de la habitación. Abrí los ojos, los abrí como platos en medio de la oscuridad. No parecía que hubiese nadie allí, todo estaba tranquilo. Encendí la luz. No, efectivamente, no había nadie, solo estaba yo, yo y... mis voces. Las voces eran mías, salían de mí, me hablaban desde mi interior. ¿Por qué nacieron? ¿Quién me las introdujo ahí dentro? No tenía ni idea. Sin embargo, no me asusté, al menos no demasiado. Eran..., ¿cómo decirlo? Como algo mío.

Ninguna niña se asusta cuando le viene la menstruación por primera vez, todas saben que es algo que debe ocurrir y lo asumen como algo bueno que indica madurez, el paso de niña a mujer. También yo pensé que las voces eran mías, que estaba en mi naturaleza. Llegué a pensar, y aún lo pienso, que todos tienen voces en su cabeza. Tal vez el resto de la gente no es consciente de ellas, no las reconoce o no sabe escucharlas, pero yo sí. Eso me hacía especial aunque era perfectamente consciente de que lo que me ocurría tenía que ser un secreto que debía guardar solo para mí. Si otras personas las oyen no hablan de ello y si hablan, los demás las consideran locas. Lo sabía. Se trata de la hipocresía de una sociedad que rechaza lo que no conoce.

Sí, yo era distinta, y ahora, además, me sentía mayor. Mis voces me hacían mayor, eran la prueba de que era lo suficientemente madura para escucharlas y entenderlas. Bueno, tal vez exagero cuando digo entenderlas. Al principio no conseguía entender nada: hablaban muy deprisa y todas a la vez. Podía, eso sí, distinguir tres distintas. Una de ellas hablaba tan bajito que solo reconocía un murmullo como el viento suave cuando sopla, monótona, sin oscilaciones de tono. Yo creía que era la más débil y, no sé por qué, pero sentía predilección por ella, quería saber qué tenía que decirme. Las otras dos hablaban con la misma intensidad, pero, mientras una tenía una voz ronca y profunda, la otra era más bien dulce y melosa.

No puedo negar que intenté ignorarlas, sobre todo al principio. Fue una tontería, es como querer impedir que te baje la menstruación, siempre aparecerá cada mes. Esto resultó ser igual, siempre se hacían notar en algún momento del día. Me acosaban, cuando empezaban ya no se callaban, poco importaba lo que yo hiciese, seguían martilleando mi cabeza con sus parloteos. Solo conseguía que se amortiguasen o que bajasen el tono cuando era mi voz la que hablaba, ya fuese sola o con otras personas. Me daba la sensación de que era como si ellas quisiesen escucharme a mí, igual que yo las escuchaba a ellas.

Mantuve el secreto en la medida en que me fue posible. No quería que me tomaran por una loca, aunque al final eso hicieron. Y no porque yo hubiese dicho nada, ni siquiera porque lo hubiese insinuado de alguna manera. No, el problema fue que empecé a entenderlas cada vez más, aprendí a

concentrarme en una sola y, cómo no, empecé a contestarles. No me parecía bien quedarme muda como una imbécil, cuando ellas me hacían tantas preguntas. ¿Es absurdo? Puede que sí, aunque ¿qué no es absurdo en este desgraciado e hipócrita mundo?

Me han puesto en entredicho muchas veces. Tal vez la peor fue hace tres años, en septiembre de 1995, poco después de mi descubrimiento. Eso supuso el comienzo de mi odisea con los médicos y con mi familia, una odisea que aún hoy continúa, con sus picos de gravedad y sus momentos de más relax. Lo que sucedió fue que mi abuela materna murió, murió relativamente joven, a los setenta años de edad de un ataque al corazón. ¿No es eso más común en los hombres? Bueno, era viuda, mi abuelo había fallecido hacía diez años a consecuencia de un cáncer que acabó con él en menos de un año. Él sí que era joven, tenía solo sesenta y cinco años y no pudo disfrutar de su jubilación. Mala suerte supongo, en el reparto de cartas que la vida nos ofrece a él no le tocó muy buena mano que digamos.

Aquel momento se ha borrado de mi mente, ya no recuerdo lo que sucedió entonces. El caso es que el nuevo golpe de mala suerte dejó a mi madre débil y muy deprimida, quizá egoístamente deprimida. A mí me cuesta ponerme en el lugar de los demás, me cuesta reconocer los sentimientos de los demás, todo lo veo desde mi propia perspectiva. Así pues, tal vez no entendí a mi madre, tal vez si yo hubiera perdido a mi madre sabría cómo sentirme... Es absurdo pensar en tal cosa, claro, porque si yo supiera qué es eso, mi madre estaría muerta, de poco le valdría saber que ahora sé lo que se siente.

A pesar de que no podía sentir la pena que, al parecer, sentía ella, no estaba contenta, yo también tengo sentimientos. Yo quería a mi abuela, mantenía contacto con ella y tengo muy buenos recuerdos de muchos momentos en que lo pasamos bien. No se podía comparar con la pena que mi madre tenía, pero, bueno, era “mi” pena y no se debía menospreciar.

El cinco de septiembre fue el entierro. Lucía un hermoso día, aunque, según mi parecer, demasiado caluroso para el momento. El cielo azul permitía que el sol pudiese calentar con sus brazos infinitos. Al entierro vino mucha gente, a pesar de que la muerte se hubiese producido tan repentinamente. Ya se sabe..., las malas noticias vuelan. Nos encontrábamos en la funeraria, en una sala cerrada con sillas y sillones a los lados y un gran espacio vacío en el centro. Una de las paredes era toda de cristal y, tras ella, se hallaba el ataúd adornado con numerosas coronas de flores. Pude ver, incluso, entrar en aquella sala más pequeña a un hombre vestido con traje negro para colocar alguna más. Las coronas llevaban unas bandas con los nombres de las personas que habían tenido el detalle de enviarlas. Ya se sabe, los hijos, los sobrinos... Donde nosotras estábamos ya había gente, familiares cercanos en su mayoría, pero pronto empezaron a llegar vecinos y gente que, para mí, era totalmente desconocida. Algunos lloraban, las mujeres sobre todo, los hombres no lloran, ya se sabe.

Yo me encontraba al lado de mi madre. Mi padre había salido hacía una hora, serían las cuatro de la tarde. El entierro era a las seis y la gente comenzaba a abarrotar el lugar. Formaban una fila para darnos el pésame a mi madre y a mí. Mi madre lloraba de vez en cuando, tenía un pañuelo de papel todo arrugado tapándole la nariz y la boca para limpiarse las lágrimas cuando estas caían por sus enrojecidos ojos de color castaño claro.

Nunca supe qué se debe hacer cuando te dan el pésame. ¿Llorar? ¿Sonreír? Como no lo sabía me limitaba a mover la cabeza y a dejarme besar y abrazar. No sentía nada cuando lo hacían. Repito, no entiendo mucho de sentimientos.

Todo iba bastante bien. Me supe comportar, bueno, me supe comportar hasta que las voces, que habían enmudecido dos días enteros, despertaron gritándome, haciéndome daño en los oídos. Esto no es posible, desde luego, no es posible puesto que salían de mi mente directamente. Tal vez haciendo daño a mi cerebro, eso es más posible, ¿no?

Yo no dominaba aún el arte de intentar controlarlas o incluso conseguir que hablasen más bajito. A las cinco empezaron a hablar. Como siempre, en un principio, atropelladamente, apenas se las entendía y yo rogaba que al menos continuasen así hasta las siete, hasta que el funeral hubiese acabado. ¡Lástima!, no fue así y diez minutos después empezaron a hablar por turnos ordenadamente como si emitieran un coloquio en la televisión de mi cabeza.

El lenguaje ininteligible se hizo más coherente, las palabras empezaron a resultarme conocidas y me di cuenta de qué iba la reunión. ¡Era un concurso de chistes! A mí no me hacen gracia los chistes, nunca los entiendo, sin embargo estos debían de estar hechos a mi medida y tuve que hacer tremendos esfuerzos por no reírme a carcajadas. No tenían límites, se burlaban de la gente que me hablaba, se burlaban de mi madre, incluso del ataúd y de las flores. Y yo, que no debería haber sentido nada, notaba cada vez más ganas de reír.

Me controlé cuanto pude, solo se me escapó una sonrisa que no pasó desapercibida para nadie, pude ver cómo todos me miraban. Noté los ojos llorosos de mi madre lanzándome miradas cuyas palabras podía también escuchar. Eran una mezcla de decepción, de vergüenza, de “qué dirán”, de “cómo me puedes hacer esto”, de “¿es que no tienes corazón?” y otras tantas cosas que ya no quise entender. El resto de la gente también me estudiaba. Estaban recelosos, no parecían entender bien lo que me ocurría, si estaba sonriendo por los nervios que me traicionaban o si era porque no quería a mi abuela e incluso tampoco a mi madre. ¿Era una desalmada? La verdad es que tampoco yo llegué a entenderlo, lo que sí que sabía era que no era culpa mía, habían sido las voces. ¿Qué culpa podría tener yo?

Todavía sonreía cuando llegó mi padre. Él, al verme, no dijo absolutamente nada. Me agarró de la mano y me sacó de allí. No me dejó ir al funeral, aunque tampoco se lo pedí. Me llevó a casa y, en el viaje, me dio un sermón sobre cómo deben comportarse las personas en este tipo de situa-

ciones y me pidió, como es lógico, explicaciones. Permanecí callada, no sabía qué decirle. Finalmente, me dejó en casa con un “ya hablaremos”.

Fue ese día cuando mis padres empezaron a preocuparse seriamente por mí. Ya era malo que no hiciese amistades, que me pasase el día sola, leyendo, viendo la televisión, escuchando música o mirando a las estrellas, pero eso de que hablase sola... La gente empezaba a rumorear, y comportarme como lo había hecho en el entierro..., eso colmó el vaso hasta volcarlo.

Mi padre es pediatra, tiene una consulta privada a dos portales de mi casa. Por la mañana acude al centro de salud que está a unos quinientos metros y por la tarde, de cinco a ocho, trabaja en su consulta. Siempre es una ventaja tener un médico en casa, sin embargo estaba claro que en esta ocasión no podía ayudarme. ¿Qué me pasaba? Yo no lo sabía, mi madre no lo sabía y mi padre, que en un principio lo tomó como un acto de rebeldía, ahora sospechaba algo mucho peor. Al fin y al cabo era médico, había estudiado todo tipo de enfermedades y no solo las físicas.

Mi padre decidió llevarme a ver a un colega suyo cuya especialidad es la psiquiatría. Él conoce a muchos médicos, algunos habían estudiado con él la carrera y a otros los conoció en el MIR. Es decir, el “ya hablaremos” acabó por convertirse en “estás loca de atar y necesitas un loquero”. Ese fue el momento en que me convertí en una chica “con problemas”, que es un eufemismo de “enferma mental”.

Por aquel entonces, yo tenía dieciséis años. No me gustaba en absoluto que nadie se metiese en mi vida, no me gustaba que descubriesen lo de mis voces, pero, al mismo tiempo, sí que me hubiera gustado que alguien, ya fuese médico o brujo, me tocase con su varita mágica y me quitase esas voces de la cabeza. Al menos creo que sí me hubiera gustado, aunque a veces creo que no.

Las voces eran cada vez más claras y más altas, o eso creía yo, y cada vez les respondía más. Lo hacía en voz alta, no sé muy bien el porqué. Algunas personas me rehuían y casi todos comenzaron a hablar de mí a mis espaldas, ya fuese para compadecerse de mí o de mi familia, para criticar a mis propios padres o simplemente para burlarse y reírse a mi costa. La verdad, no sé qué es más deleznable.

Sin embargo, yo seguía negándome a hablar de lo que me ocurría. Buscaba miles de explicaciones más o menos lógicas para salir de las situaciones, aunque, como ya he dicho, lo del entierro de mi abuela supuso la gota que tiró el vaso al suelo derramando el agua y echando por tierra mi, hasta entonces, normalidad.

La cita con el colega de mi padre fue el día 15 de septiembre, un martes, a las tres y media de la tarde, antes de que ese médico comenzara su horario de consultas normal, todo un detalle.